

Como un suspiro

Ferzan Ozpetek

Como un suspiro

Traducción de Montse Triviño



Duomo ediciones

Barcelona, 2021

Título original: *Come un respiro*

© 2020, Mondadori Libri, S.p.A., Milán

© 2021, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

© 2021, de la traducción: Montserrat Triviño González

Todos los derechos reservados

Primera edición: agosto de 2021

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-18538-27-8

Código IBIC: FA

DL B 10.460-2021

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Grafime
www.grafime.com

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Valter
Para Asaf

Te amo y no sabes
cuánto me parte el corazón
el hecho de que eso sea todo.

POETA ANÓNIMO TURCO

«Los amores imposibles no terminan nunca.»
De la película *Tengo algo que decir*

Kaş, 20 de junio de 2019

Querida Adele:

Te escribo desde la terraza de un café que da al puerto, en Kaş. Me quedaré aquí otra semana. Ha pasado mucho tiempo desde mi última carta, donde te contaba mis aventuras y lo mucho que me divertía la vida que había elegido lejos de casa. Desde entonces me han pasado muchas cosas y algunas de ellas me han dejado marca. Por el camino he perdido parte de mi entusiasmo, aunque dicen que es algo fisiológico: al fin y al cabo, ya soy una mujer «madura». Y supongo que tú también, por mucho que me cueste imaginarlo.

Este último año, por otro lado, me ha pasado factura también en el terreno físico. Casi ni me reconozco. Vivir me está consumiendo. Cuando me miro en el espejo me veo desfigu-

rada. He conocido muchas alegrías, pero también muchas penas, que cada vez me afectan más. Hace un mes falleció Dario, mi amigo del alma. Ya no vivía en Turquía, aunque seguíamos en contacto y hablábamos por teléfono casi todas las semanas. Habíamos quedado en encontrarnos precisamente aquí, en Kaş, durante estos primeros días de verano. Pero al parecer la muerte tenía prisa y se lo llevó sin dejarme siquiera el tiempo para despedirme de él. Lloro por él como no lo he hecho por nadie, ni siquiera por amor. Recuerdo su optimismo, su irresistible ironía, la sinceridad con la que siempre conseguía llegarme al corazón.

Hoy hace un día espléndido y soleado, pero estoy aquí sentada a la sombra, rodeada por los fantasmas del pasado, mientras una angustia que no acierto a describir me roba las pocas energías que me quedan. Si la vida fuera un poco más justa, Dario estaría ahora sentado a mi lado, bebiendo muy despacio un café turco con un cigarrillo encendido entre los dedos. En cambio, he acudido sola a nuestra cita. Ya lo sé, ha sido una tontería venir igualmente hasta aquí, pero he pensado que, en el fondo, se lo debía. Habíamos hablado tanto de este viaje que anularlo hubiera sido una traición. Ahora, sin embargo, no sé hasta qué punto ha sido buena idea hacerle caso a mi corazón. Enfrentarme a su ausencia me causa un dolor insoportable. Incluso el mar, tan azul y luminoso, me hiere. Y me repito el poema de Nazim Hikmet: «Los días son cada vez más cortos, / llegarán las lluvias. / Mi puerta, abierta de par en par, te esperaba. / ¿Por qué has tardado tanto?».

Esos versos no hacen más que aumentar mi tristeza. Aquí estoy, frágil e inconsolable.

El dolor reabre antiguas heridas y me obliga a recordar todo aquello que he perdido. Me obliga a recordarte a ti. Y por eso, tras un larguísimo silencio, me permito dar señales de vida.

¿Dónde nos quedamos? ¿En qué nos hemos convertido?

Han pasado cincuenta años desde que nuestros caminos se separaron, aunque aquel día ni tú ni yo imaginábamos que sería el último para nosotras. Que no volveríamos a vernos nunca. Tal vez me creas o tal vez no, pero marcharme de Italia en aquel momento no fue para mí una renuncia. Fue una elección vital que me permitió renacer. Y espero que para ti fuera igualmente esencial quedarte. Gracias a aquella decisión volví a amar, a traicionar, a reírme mucho y también a sufrir. ¿Y tú? ¿Cómo has vivido todos estos años? Ni un solo día he dejado de preguntármelo.

Ahora que ya no tengo motivos para mantenerme alejada del lugar en el que todo empezó, me gustaría volver a verte. No me queda mucho tiempo. En estos momentos, mi salud es estable, pero sé que pronto empeorará y por eso he decidido emprender el viaje antes de que sea demasiado tarde. Dentro de unos días llegaré a Roma. Será como volver atrás en el tiempo, cosa que me llena de felicidad y de miedo al mismo tiempo. He aprendido por las malas a no hacerme ilusiones, pero si te dijera que no tengo el corazón henchido de esperanza, te estaría mintiendo.

Llegaré a Fiumicino a final de mes y mi mayor deseo es verte una última vez. No tengo otro modo de ponerme en contacto contigo, así que confío plenamente en esta carta. No espero que me respondas, pero deseo que, al menos, esta vez la leas.

El 28 llamaré a tu puerta. Y entonces podremos hablar, aunque no es indispensable. Me conformaría hasta con un simple abrazo si el tiempo, como espero, ha curado las heridas.

Tu Elsa

El asado está casi listo. El aroma es delicioso. Hasta las verduras gratinadas desprenden un olor delicioso. El gran reloj que cuelga junto a la nevera marca las once y media. Dentro de una hora llegarán los invitados, si es que puede llamarse así a los amigos de toda la vida: Giulio y Elena, y Annamaria y Leonardo, que están esperando un bebé. Mientras se vuelve hacia la nevera, Sergio contempla de reojo su propia imagen reflejada en la ventana de la cocina y, durante un segundo, se siente satisfecho. Es un hombre atractivo y lo sabe. Moreno, pelo rizado y ojos castaños, frente despejada y labios sensuales. A sus treinta y cuatro años tiene un cuerpo delgado y musculoso, pero sin los excesos de quien se pasa la vida en el gimnasio.

Tras él, Giovanna se mueve con diligencia en torno a la gran mesa de la cocina. Se casaron hace dos años, pero ya llevan doce juntos. Sergio la conoce tan bien que es capaz

de adivinar lo que está haciendo incluso con los ojos cerrados. ¿En serio es así? ¿Bastan doce años para conocerse de verdad? Se gira. Giovanna, vestida con un chándal, está preparando la mesa para seis con la concentración de un arquitecto que coloca los cimientos de un edificio. Percibe en sus ojos azules una mirada absorta, pensativa. El pelo rubio, corto y encrespado le da el mismo aire de la cría a la que Sergio abordó en el bar de la universidad, aunque, de hecho, tienen más o menos la misma edad. Al igual que sus amigos, pertenecen a esa generación que ha cumplido los treinta hace poco. Sergio sonrío para sus adentros: sabe leer en su mujer como si fuera un libro abierto. Sólida, precisa, eficiente y responsable. Es de todo menos imprevisible y él la adora precisamente por eso.

Giovanna es sólida como el piso del barrio de Testaccio en el que viven, en un encantador edificio de principios del siglo xx. Lo compraron hace tan solo dos años, pero es como si llevaran allí toda la vida, porque refleja sus gustos a la perfección. Consta de dos ambientes amplios y luminosos: la zona de noche, con el dormitorio, el vestidor y el baño; y la zona de día, con la salita, el antiguo estudio y, sobre todo, una acogedora cocina en la que reciben a sus amigos los domingos, costumbre inaugurada hace ya años y que, con el tiempo, se ha convertido en un ritual irrenunciable.

A Sergio le encanta cocinar para sus amigos. Durante la semana, entre los tribunales y su despacho de abogado, nunca tiene tiempo. Se dedica al derecho societario, es decir, que trata con clientes adinerados y se ocupa de causas millonarias. Es cierto que gana mucho dinero, pero el trabajo es estresante. Y, precisamente por eso, cocinar es su forma

de relajarse. Como buen *gourmet*, se divierte experimentando nuevas recetas en su enorme cocina repleta de modernos accesorios, recipientes, especias y plantas aromáticas que crecen en macetas. Es en ella donde Giovanna y él reciben a sus amigos, donde se sientan juntos a comer en torno a la gran mesa de madera, oscurecida por el uso, que preside el centro de la estancia. Porque es la habitación de la casa que más les gusta a los dos y todo, desde el estilo hasta los muebles y los objetos decorativos, se ha elegido con el mayor esmero.

A Giovanna no le entusiasman los manteles y prefiere prepararlo todo directamente sobre la mesa. Después de haber colocado platos y cubiertos, lleva los vasos a la mesa. Los distribuye, retrocede un paso y observa el efecto final con una mirada crítica, como un artista que examina su propio cuadro al terminar el trabajo. Sergio la observa de reojo. Es perfeccionista en todo lo que hace. Giovanna saca de la nevera las flores de calabaza y las mezcla con un ramillete de guindillas, para añadir después dos berenjenas *baby*. Coge de un armario un cuenco blanco de cerámica y dispone su composición en el interior: será un centro de mesa perfecto.

—¡Ostras! Son casi las doce y aún no me he duchado!
—exclama, mientras contempla el reloj que cuelga de la pared de la cocina.

—Tranquila, ve a ducharte, yo me encargo. Total, ya he terminado de cocinar —dice Sergio, mientras apaga el horno.

—El pan está en la bolsa blanca de la despensa...

—Vete, vete, ¡que te van a pillar en chándal!

Al pensar en esa espantosa posibilidad —¡mira que si la sorprenden sin arreglar!— Giovanna se dirige rápidamente

al baño. Mientras, Sergio abre la despensa y encuentra enseguida lo que busca: una hogaza grande de pan casero. Corta solo la mitad; el resto lo deja sobre una tabla de cortar por si alguien quiere más.

El sonido apenas perceptible de un chorro de agua le indica que su mujer ya está en la ducha. Y, justo en ese momento, alguien llama al timbre de la puerta de entrada, que suena directo en la cocina. Serán Leonardo y Annamaria, que tienen la costumbre de llegar siempre demasiado pronto, piensa Sergio. Seguramente han encontrado el portal abierto.

—Siempre llegáis demasiado pronto, jod... —dice, pero se interrumpe enseguida, incómodo.

Ha abierto la puerta de golpe, sin mirar quién ha llamado al timbre. Estaba convencido de que iba a encontrar a sus amigos, pero en el rellano se topa con una señora de unos setenta y tantos años, de cuerpo un poco rechoncho por la edad. El pelo, teñido de rubio, le cae hasta los hombros, pese a que deja entrever unos preciosos pendientes antiguos. Lleva un elegante vestido de lino de color azul petróleo, que le ciñe la figura robusta aunque sin marcar demasiado. Luce un collar de ámbar y sujeta entre las manos un elegante bolso bordado. Tiene el rostro surcado de arrugas, pero Sergio apenas se fija porque lo han cautivado los ojos de aquella mujer, verdes y magnéticos, delineados con una raya un poco irregular de *kajal*.

Sergio la observa entre perplejo y fascinado. ¿Quién será esa mujer? Está seguro de que es la primera vez que la ve. Ella también lo observa sorprendida o, más que sorprendida, turbada, como si esperara encontrar a otra persona.

De reojo, la mujer mira hacia la placa que está junto a la puerta, como si quisiera asegurarse de que no se ha equivocado, pero no hay nada escrito. Sergio y Giovanna aún no han tenido tiempo —o ganas, tal vez— de añadir sus nombres, un acto de negligencia que ahora, de repente, a Sergio le parece imperdonable.

Antes de que él pueda preguntarle qué desea, la desconocida, que entretanto parece haberse repuesto de su asombro, lo desarma con una sonrisa y una expresión inocente mientras lo mira directamente a los ojos.

—Perdona las molestias. Lo siento mucho, no está bien presentarse así de repente un domingo por la mañana... ¡No, no está nada bien!

Sergio se queda tan sorprendido que no acierta a decir nada, pero tampoco es necesario porque la mujer se presenta enseguida.

—Me llamo Elsa Corti, viví en este piso hace muchos años.

Le tiende la mano y estrecha la de él con fuerza, como si no fuera a soltársela jamás. En el meñique luce un anillo de oro, una especie de sello. Y, mientras, trata de ver algo por encima de los hombros de Sergio, a quien no se le ocurre nada mejor que presentarse también, pronunciando nombre y apellido, y asentir con un gesto comprensivo, como si aquella mujer acabara de confesarle que ha cometido un tremendo error.

—¿Crees en el destino? —le pregunta la anciana con aire esperanzado.

Sergio se sobresalta ante esa pregunta tan directa y se sorprende pensando que de joven debió de ser guapísima.

—Cuando he visto el portal abierto, he sentido como si la casa me estuviese llamando —prosigue Elsa—. Llevo tanto tiempo lejos de Roma... Hacía cincuenta años que no pasaba por esta calle. Esta mañana he salido muy temprano del hotel para dar un paseo. Pensaba dirigirme hacia el Coliseo, pero las piernas me han traído hasta aquí, donde empezó todo. Al echar un vistazo a mi alrededor, todo me parecía distinto y al mismo tiempo extrañamente igual, hasta que de repente me he encontrado delante del portal... y me he sentido como si nunca me hubiese marchado de aquí. Me ha entrado una gran nostalgia de ver de nuevo la casa. Pero te estoy molestando, discúlpame. No sé qué me pasa hoy.

—No, no, tranquila, lo entiendo... —balbucea Sergio sin poder evitarlo—. Lo entiendo... —repite, aunque en realidad no sabe qué decir ante aquel torrente de palabras.

Elsa le pide disculpas otra vez por las molestias, pero sigue lanzando ávidas miradas al interior del piso, como si allí se ocultara algo de vital importancia para ella. Después se interrumpe y hace el gesto de marcharse.

—En fin, gracias y adiós. Si no te importa, tal vez vuelva otro día... —dice, mientras retrocede casi a regañadientes.

De haber sido distinta la situación, Sergio habría aprovechado sin lugar a duda aquella oportunidad de deshacerse de una visita inesperada que lo distrae de su rutina dominical y de los preparativos de la comida. Aunque no es tan decidido como Giovanna, que consigue librarse de cualquier pelmazo en pocos segundos limitándose a cambiar de tono de voz y a utilizar uno que no admite réplica, tampoco le gusta demasiado verse involucrado en los asuntos de los demás. Esa mujer, sin embargo, lo ha alterado,

despierta en él una curiosidad extraña que lo obliga casi a detenerla.

—Si quiere echarle un vistazo al piso... pero no puedo dedicarle mucho tiempo: estoy esperando a unos amigos para comer.

—¡Oh, eres muy amable! —dice la desconocida, de nuevo con una sonrisa radiante que le ilumina el rostro—. No te preocupes, será solo un minuto, el tiempo de dar una vuelta.

Y, seguidamente, entra en la cocina y se detiene en el centro de la estancia.

—No sabes cuántas emociones he vivido aquí dentro, pero ahora parece otra casa. Aquí había una pared, me acuerdo. Y allí estaba la despensa. Y los fogones... bueno, eran los de la época —murmura, mientras contempla medio hipnotizada algo que está delante de ella, al otro lado de la ventana.

En ese momento aparece Giovanna. Ya se ha vestido, pero aún tiene el pelo húmedo. Ha oído una voz que no le resulta familiar. «¿Qué pasa aquí?», se pregunta. Observa a la extraña, sorprendida, y no puede evitar una expresión de contrariedad. Sergio intenta adelantarse a sus preguntas.

—Esta señora es... Elsa Corti.

La extraña le sonrío a Giovanna y, durante un segundo, sus pendientes lanzan un destello.

—Tu marido ha sido muy amable al dejarme entrar. Solo quería ver la casa en la que viví hace mucho tiempo, no os molesto más —se justifica, mientras le dedica a Sergio una mirada cómplice.

Parece una colegiala ante la maestra que la ha sorprendido en plena travesura.

La mirada de Giovanna sigue siendo de perplejidad: ¿quién es esa mujer?

—Le he dicho que tenemos invitados para comer —se apresura a añadir Sergio.

Pero Giovanna apenas lo escucha, pues ha concentrado toda su atención en la desconocida: pese a la edad, desprende una poderosa energía. Y, además, le fascina ese atuendo tan audaz desde el punto de vista cromático, que mezcla tonos fríos y cálidos, el azul petróleo del vestido con el ámbar del collar. Ella, fiel al negro y al beis hasta el aburrimiento, se siente por un momento infinitamente más vieja que la desconocida. Sí, Elsa posee una elegancia especial. Casi sin darse cuenta, Giovanna abandona todas sus reservas y le devuelve la sonrisa. Siente de repente una empatía especial por esa extraña que asegura haber vivido en su casa.

—¿Dice que vivía aquí antes? —le pregunta, al tiempo que le hace un gesto afirmativo a su esposo, pues aún disponen de unos diez minutos para escuchar a la anciana.

Más que curiosidad, de hecho, lo que ahora sienten ambos por la intrusa es una especie de fascinación. Elsa, sin embargo, se limita a asentir vagamente. Después se acerca a la ventana con la mirada fija, como si estuviese reviviendo un recuerdo.

Los dos jóvenes, cada vez más intrigados, no se rinden y la presionan.

—¿Sola? —le pregunta Sergio.

—¿Vivía aquí cuando era pequeña? —lo imita Giovanna.

Pero la mujer parece tener la mente muy lejos de allí. Se limita a responder con monosílabos y a murmurar para sus adentros palabras ininteligibles.

—No. ¿Por qué...? Tal vez.

—¿Era huésped de la señora que vivía aquí antes que nosotros? ¿O familiar? —murmura Sergio, dirigiéndose más a Giovanna que a Elsa.

Sin embargo, la anciana reacciona con una rapidez sorprendente y sale de su ensimismamiento.

—¿Dónde está? —pregunta.

—¿Dónde está quién? —quiere saber Sergio.

—¿Se refiere a la anterior propietaria del piso? —sugiere Giovanna.

—Sí. Mi hermana.

—Ya hace un par de años que no vive aquí —interviene Sergio, perplejo.

Giovanna también se siente incómoda, aunque de repente la invade una inexplicable ternura hacia la anciana.

—¿No lo sabía? ¿No mantuvieron el contacto?

—No, por desgracia no. Pero es una historia muy larga...

Elsa los observa ahora con una mirada de arrepentimiento, como si acabara de comprender la realidad.

Giovanna recuerda bien a la señora que les vendió el piso. Se llama Adele Conforti y siempre había vivido allí con su familia. Tras la muerte de su esposo, sin embargo, decidió venderlo porque era demasiado grande para una sola persona. Además, les había contado, como si quisiera justificarse, que quería vivir más cerca de su único hijo. Es todo muy extraño: Elsa no se parece en nada a Adele Conforti.

—Pensaba que a lo mejor aún vivía aquí... Esperaba encontrarla —añade la anciana con un hilo de voz.

—Entonces, ¿la está buscando? ¡No solo quería ver la casa!

—Sí, exacto.

—Y no sabía que ella había vendido el piso y se había marchado...

—No, no tenía ni idea.

Tras abandonar poco a poco sus reticencias, Elsa les cuenta que no tiene noticias de su hermana desde hace cincuenta años. Y mientras, sin molestarse siquiera en pedir permiso, se mueve por la cocina con una mezcla de inquietud y seguridad. Como si desde siempre hubiera vivido ininterrumpidamente en esa casa. Seguida de cerca por Sergio y Giovanna, que no saben muy bien qué hacer, la mujer entra en su dormitorio, se asoma al cuarto de baño, abre la puerta del estudio. Y, durante todo el tiempo, no deja de repetir lo mucho que lamenta estar causando tantas molestias.

—Me voy, os dejo en paz. Se ha hecho tarde y me tengo que ir —repite, como una autómata.

Vuelven a la cocina y Elsa observa de nuevo la ventana.

—¿Habéis vuelto a ver a mi hermana? —les pregunta.

—Hace tiempo que no: la última vez que la vimos fue en el notario para la escritura del piso, pero hemos hablado alguna que otra vez con ella por teléfono. Le habían llegado algunas cartas, así que se las guardé y luego la llamé para que mandara a alguien a buscarlas —dice Giovanna, que se precia de ser una persona eficiente y cuidadosa.

—Pero... ¿sabéis dónde vive?

—En el campo, en un pueblo a las afueras de Roma. Aunque, como le estaba diciendo, tenemos su número de teléfono —insiste Giovanna.

Esa anciana, a quien la vida ha alejado durante tanto tiempo de su familia, le inspira un sentimiento extraño, una

mezcla de simpatía y compasión. Le resulta imposible no tratar de ponerse en su piel, por difícil que eso sea. Debe de ser desgarrador volver a casa cincuenta años después —que son bastantes más de los que Giovanna ha vivido hasta ahora— y encontrarlo todo cambiado. Descubrir que en la casa viven ahora dos extraños, que ya no hay ni rastro de sus seres queridos. Quién sabe con qué ansiedad y expectativas ha llamado Elsa al timbre poco antes. ¡Y cuántas veces habrá imaginado este momento! Pero entonces se ha abierto la puerta y ha aparecido Sergio, un desconocido. Es probable que Elsa haya pensado, al verlo, que su hermana estaba muerta.

—¿Podéis darme su número?

Nada más formular Elsa esa pregunta, suena el timbre del interfono.